

de su envenenamiento. La vida se le escapa, quiere recobrarla, pero es tarde. Por primera vez deseo y realidad coinciden. La obsesión alcanza sus dominios, dejándonos la impresión de un triunfo intrascendente.

Pablo de la Fuente ha realizado una experiencia valiosa. Sus páginas no pretenden círculos perfectos. Se da en ellas un fluir abierto, sin lastres metafóricos, sin pretensiones retóricas. Su prosa está aligerada de incisos y circunloquios. Y, sin embargo, se descubre un trabajo metódico. Porque nada más difícil que hallar un feliz paramento literario, manejando los elementos mínimos. —V. M.

<https://doi.org/10.29393/At353-354-241CTMR10241>

“CUENTOS DE MI TIERRA”, de *Alicia Santaella*, Santiago, 1954

Nada contribuye más a la armonía entre los pueblos que las relaciones culturales, sean literarias, artísticas o científicas. Se llega, por ese camino, a una fusión de almas que, a la postre, es más efectiva y duradera que los intercambios comerciales o las declaraciones de amistad de los gobiernos. Se produce la hermandad entre los países, incluso entre aquéllos que parecen más distantes por las diferencias idiomáticas o raciales. Y si esas relaciones son entre la Argentina y Chile, tan próximos y afines, qué de ventajas nos traería para un cabal conocimiento e inteligencia, sin recelos encubiertos ni nacionalismos excluyentes.

Alicia Santaella, joven escritora argentina, radicada en Chile donde ha formado su hogar, está realizando ese acercamiento de los espíritus. Su actividad literaria, a través de artículos, conferencias y cuentos, nos revela aspectos inéditos del alma y cuerpo de su tierra, vinculándonos a ella por el sentimiento y la simpatía.

En *Cuentos de mi tierra*, libro que acaba de editar en nuestro país, Alicia Santaella pinta ambientes y traza caracteres de

criollos de la región del norte argentino, allí donde se conservan todavía costumbres y tipos humanos genuinos y autóctonos, sin las desfiguraciones del internacionalismo de la metrópoli. Gente elemental y supersticiosa, pero con un fondo de bondad entrañable, protagoniza los relatos de Alicia Santaella. No se queda ella en la anécdota o el episodio, ni se limita a la pintura de la naturaleza. El drama de los seres simples, forjados en las inclemencias de las tierras inhóspitas y determinados psicológicamente por los factores telúricos del altiplano, sirve a la autora para ampliar la perspectiva de su visión de ese mundo recortado por las montañas y el primitivismo. La leyenda y la superstición aportan el ingrediente poético y hasta sobrenatural que dan a estos relatos novedad y belleza. Viento, lluvia, soledad, desamparo, sierras ríspidas, rincones pueblerinos, ansias frustradas, lucha con el medio, lo tangible y concreto, lo inasible e imponderable; todo ello son los hilos de que se vale para tejer en la urdimbre de su imaginación los sucesos del vivir de esos hombres humildes y esforzados —almas indiferenciadas— pero heroicos en su esfuerzo de vencer y aferrarse al terruño por sobre las desventuras del destino.

Alicia Santaella no ha necesitado salirse del cuento tradicional ni prodigar las expresiones folklóricas para darnos la emoción de una realidad desconocida, incluso para sus propios compatriotas. Con intuición creadora, estiliza los datos físicos y anímicos y los anima con un hálito de sinceridad y nostalgia que nos gana el corazón más que la inteligencia. Pero el sentimiento no afluye impulsivamente, ni la prosa se desparrama en un goce instintivo de volcarse sin medida. Ella sabe de los recursos del cuento, trabaja la expresión, gradúa el interés y suscita el efecto emotivo en el momento preciso en que las pasiones alcanzan la plenitud. Hay en ella maestría y conciencia de artista verdadero. Así, su criollismo rebasa lo pintoresco y descriptivo y logra universalizar el rincón de la tierra y sus moradores, que lleva Alicia Santaella como parte de su patria.—M. R.